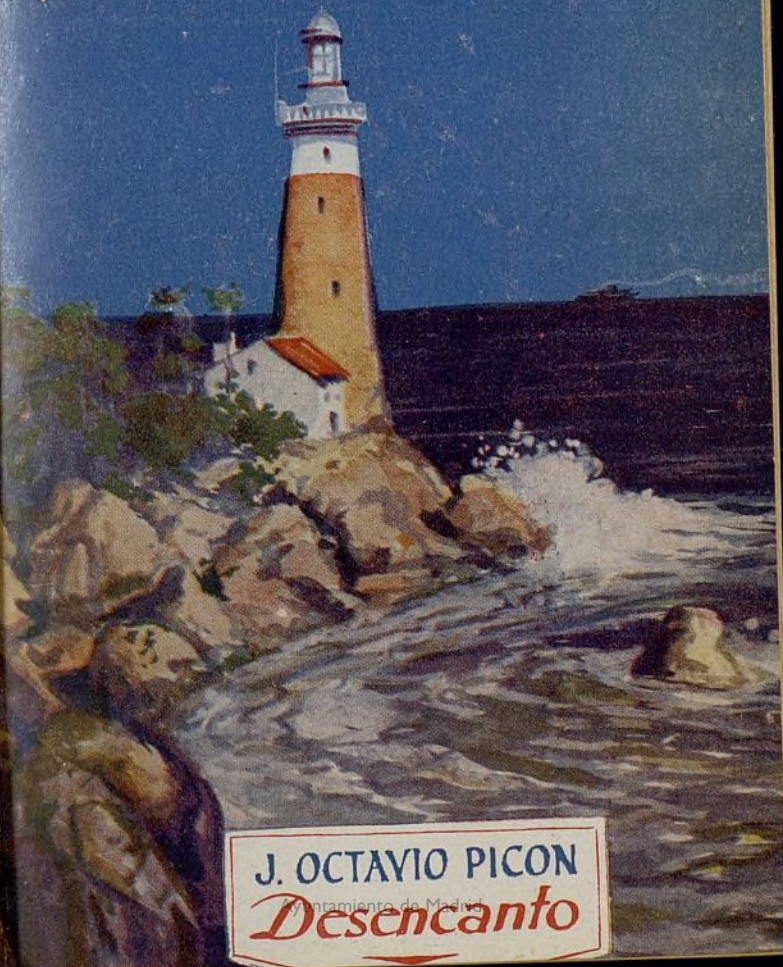


EL CVENTO AZUL

40
CTS

J. OCTAVIO PICON

Montamiento de Madrid
Desencanto



DESENCANTO

Ayuntamiento de Madrid

LEAVO

Popular
Quincenal 1 pta.

LOS JUEVES
EL VIENTO AZUL
40 cts.

LOS VIERNES
EL TEATRO MODERNO
50 cts.

LOS SABADOS
AVENTURAS
50 cts.

LOS DOMINGOS
El Sheriff
30 cts.

NOVELAS EMOCIONANTES
Ejemplar. 5 pta.

Géminia
Quincenal 1 pta.

-Obtente catálogo-

EL CUENTO AZUL

DESENCANTO

POR

J. OCTAVIO PICÓN

Ilustraciones de
PEDRAZA

2

BIBLIOTECA MUNICIPAL

PRENSA MODERNA

A. Aguilera, 58

Madrid

Apartado 8.012

En el próximo número:

La madrecita

POR

S. y J. Alvarez Quintero

En el número anterior, por un error de imprenta, anunciamos para éste la obra de Valera "El pájaro verde", que se publicará en uno próximo.

Desencanto



HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

I

Iban a dar las doce de la noche: la estación de Bourg-sur-Mer, precioso lugarcillo francés inmediato a la frontera española, estaba casi envuelta en sombras; mal alumbrada por cuatro faroles de petróleo pendientes de la marquesina, colocados a más que regular altura y demasiado distantes entre sí: tan escasa luz daban que apenas se distinguían los carteles de colores chillones, pegados al muro, donde figuras de mujeres airosas con enormes sombrillas, guías con chaquetillas rojas y paisajes con grutas, volcanes y jardines anunciaban balnearios de moda y excursiones con rebajas de precios.

Esperando el tren que iba a llegar estaban dos hombres: el factor, que había dejado en el suelo la linterna, proyectando sobre el negruzco asfalto del piso un vivo resplandor en forma de abanico, y un caballero que con paso rápido, pues hacía fresco, recorría de extremo a extremo el andén.

Ya se impacientaba el buen señor con el retraso del expreso cuando sonó lejos un silbido; oyóse luego el traqueteo de los vagones, debilitado por la distancia

como rumor confuso; y por fin, en la curva que a la entrada de la estación formaba la vía apareció la locomotora lanzando chorros de vapor por los costados e iluminando con los faroles delanteros la doble línea de los rieles que, pulimentados por el roce, brillaban como cintas de acero entre el balastro ennegrecido. Paró el tren casi de pronto y bajóse de él un solo viajero, hombre de poco más de treinta años, elegantemente vestido, el cual, viendo al señor que aguardaba, se dirigió corriendo hacia él, y soltando los bultos que en ambas manos traía, le abrazó repetidas veces.

—¡Don Martín querido!

—¡Luisito! Por fin te has resuelto a venir.

—No pudo ser antes; y crea usted que lo he sentido.

—Y ahora, ¿cuántos días te tendremos aquí?

—Veinte, un mes... lo que ustedes quieran.

—Por mí, figúrate, cuanto más mejor. Hasta que te aburras.

—Y ¿quiénes están ustedes?

—¿Quiénes hemos de ser?

—Podían haberse traído algún amigo.

—No; nosotros tres nada más: tu tía, Soledad y yo.

—¡Ah! ¿Soledad? ¿Y cómo están?

—Pues tu tía Salomé, tan gorda, cada día más; hecha un fenómeno; es una verdadera enfermedad; y Soledad, tan guapa; es decir, guapa, hermosa, no; pero tan agradable, tan simpática como siempre, a pesar de sus extravagancias y genialidades.

—¿Qué extravagancias? Algo he oído de eso, sin darle importancia. Además, hartó sabe usted que apenas la he tratado, casi se puede decir que no la conozco; porque no es conocer a una mujer hablarla media-

docena de veces. Pero ¿qué extravagancias son éstas, de qué género?

—Hombre, cosas feas ni indecorosas, claro que no, ni nosotros se lo toleraríamos: lo que hay es que piensa como ninguna mujer; lo dice con una libertad que pasma, y con frecuencia, aunque es muy lista y muy buena, hace lo que no se atreve a hacer ninguna, ¿comprendes? A veces hasta imprudencias.

—Perfectamente; quiere usted decir que para mujer del César no servía.

—Eso que tú dices. Lo que había menester es un hombre de superior inteligencia que dominase, que encauzase su excesivo amor a la libertad.

—Vamos, que asusta.

—Por lo menos inspira recelo. Así se explica que siendo tan simpática y rica no se case: ya tarda, porque te advierto que, aunque no lo parece, va a cumplir los treinta.

—¿Y cómo se lleva con Salomé?

—Muy bien: primero, por lo admirablemente educada que está; luego, porque es de una bondad, de una condescendencia grandísima. La pobre Salomé, como toda persona enferma, es exigente, desigual, hasta egoísta y desconsiderada; pues Soledad, sin embargo de eso, cada día más cariñosa.

—Se conoce que la quiere.

—No hay idea de eso: mira, aunque esté vestida, ya puesta de veinticinco afileres, para ir donde más le agrade, como comprenda que hace falta, o que Salomé se aburre, o se entristece, o se queja, pues no va y se queda con ella, tan contenta. La otra noche estaba convidada al cótillón del Casino; se puso que había que verla, porque aquí se visten las mujeres tanto como

en Madrid. A Salomé le dió un sofoco de esos que parece que se ahoga; pues Soledad, sin decirnos nada para que no se lo estorbásemos, mandó recado de que no iba: sus amigas vinieron, sin embargo, por ella y nada, como estaba, hecha un brazo de mar, se quedó haciéndonos compañía. Esto en una mujer es muy raro.

—¡Tan raro! Sobre todo si está en edad de no perder tiempo.

—Me parece que no siente prisa por casarse: es muy particular.

—Lo que veo—dijo Luis hablando lentamente—es que entre los cuidados que exige Salomé y la presencia de Soledad me expongo a ser molesto en la casa. Dígame usted, con franqueza, ¿le parece a usted mejor que yo me meta en una fonda? Aunque luego almuerce y coma con ustedes casi todos los días... con franqueza.

—¡De ningún modo! En primer lugar, eso daría ocasión a que ella, creyendo que nos quitaba libertad, quisiera marcharse. Además, nadie ignora que eres el hijo de mi mejor amigo, que he sido tutor tuyo... ¿qué de extraño tiene que vengas a mi casa? Sobre todo, yo hago en ella lo que me acomoda. Y en cuanto a escrúpulos o ñoñeces de Soledad, nada temas. Buena es ella para hacer caso de apariencias, murmuraciones ni habladurías.

—Pues no hay más que decir.

—Ahora... ¿si te da miedo?

—Lo más que puede ocurrir es que me guste demasiado y tenga que salir huyendo del peligro.

—O que te atraiga el abismo, como dicen en las comedias.

—Ese peligro no existe más que en la extrema juven-

tud y de cincuenta para arriba, y yo tengo treinta y cuatro.

—¡Qué equivocado estás! El amor no pregunta a nadie la edad que tiene.

Así hablaban, esperando fuera ya del andén, mientras un mozo había puesto el equipaje de Luis en la delantera del coche que les esperaba, y donde montaron en seguida, arrancando a trote largo los caballos.

Aunque no hacía luna, era tan intenso el resplandor de las estrellas, estaba la atmósfera tan serena, que se veía bien el campo. La carretera, plantada a los lados en toda su extensión de altos plátanos, se dilataba por un llano salpicado de esas casas típicas del Mediodía de Francia, blancas, bajas, con puertas y ventanas pintadas de ocre o de rojo, a cuya entrada se alzan algunos árboles y en cuyas fachadas hay casi siempre anuncios y letreros. Luego, alternando con maizales y praderas, aparecían tapias y cercas tras las cuales, entre grupos de árboles frondosos, se alzaban edificios grandes; las villas edificadas hace medio siglo sin exageradas pretensiones de lujo, pero cómodas, espaciosas, rodeadas de extensos parques; por fin, según se llegaba cerca del pueblo, surgían entre verjas de hierro y muros de piedra labrados a todo coste las construcciones modernas mucho más ricas: unas planeadas con sentido verdaderamente artístico, otras con abominables errores de disposición y ornamentación; todas atestiguando con torreones y cúpulas, azoteas y salezizos, miradores y galerías, de la opulencia y a veces de la extravagancia de propietarios y arquitectos que mediante formas rebuscadas, combinando piedras, mármoles, cementos y ladrillos, antes pretendían ostentar riqueza que buen gusto. Algunas de aquellas fincas que

don Martín iba señalando a derecha e izquierda eran de españoles que así en tierra extraña hacían alarde de sus bienes: derecho innegable de cada cual a gastar lo suyo donde le place, pero que movía a pensar con pena en los viejos solares nativos olvidados, en los palacios señoriales ruinosos que lejos de allí se desmoronan, llevándose al derrumbarse las glorias y los recuerdos del arte y de la historia española. Rara forma del patriotismo: lucir en casa del vecino en vez de mejorar la propia.

Al subir una cuesta, donde por ir más despacio los caballos sonaba menos el cascabeleo de sus collarones, se oyó lejano el formidable rugido del mar; y en la última línea del horizonte, sobre la negrura del cielo, comenzó a brillar con intervalos breves un resplandor intenso que pronto se desvanecía en el espacio para reaparecer y fulgurar de nuevo como si un secreto mecanismo lo moviese.

—El faro—dijo don Martín—. Estamos llegando.

Minutos después, dejando a un lado el caserío de Bourg-sur-Mer, entraban en un bulevar formado por hotelitos nuevos, cada uno con su jardinillo, separados únicamente por una verja no cubierta todavía por hiedras y otras trepadoras apenas desarrolladas. Como se oyese cada instante más próximo el ronco hervir del mar, dijo don Martín:

—A cincuenta metros la playa. En ella pasa Soledad la mayor parte del día.

—¿Y están habitados todos estos hoteles? ¿Qué gente hay por aquí?

—Casi todos, y por gente "muy mezclada", como dicen los franceses. Ya verás la prójima que tenemos al

lado. No sé si se debía tolerar, pero esto es una república.

—Esas aves cuando tienen buen plumaje anidan donde quieren; no era república el París del siglo XVIII ni el del segundo Imperio y jamás han estado mejor.

Paró el coche ante uno de aquellos hoteles; apeáronse, subieron la pequeña escalinata de ingreso y entraron en un saloncito de la planta baja, no bien iluminado por una sola lámpara eléctrica colocada en un velador central lleno de libros y periódicos de estampas. Junto de él pasaban la velada Salomé mano sobre mano en una butaca, y en otra Soledad leyendo.

La habitación estaba alhajada rarísimamente, pues sin duda por extraña mezcla de falta de gusto y sobra de economía, por deseo de aprovechar lo viejo y poco tino en escoger lo nuevo, había su dueño y alquilador intentado hermanar, sin lograrlo, muebles y trastos tan diversos que eran molestia de los ojos; dos grandes sillones tapizados de "reps" verde, ya feos hace medio siglo, ambos con su redondel de "crochet" en el respaldo: sobre la chimenea un "trumeau" con espejo y marco dorado, cuya pintura representaba la decapitación de María Estuardo, y en la pared varias litografías iluminadas, que eran vistas del castillo de Blois; con todo lo cual contrastaban la sillería de moderno estilo inglés imitando caoba, el aparato modernísimo para la luz eléctrica que pendía del techo, una alfombrilla de colores vivos que destacaban rabiosamente sobre el oscuro fondo del entarimado y dos jarrones ridículos de puro modernistas, con tales figuras de mujeres zanquilargas y flacas que, según decía So-

ledad, no se podía poner flores en ellos porque se secaban avergonzadas de semejante compañía.

—No mires nada de esto, que es horrendo—dijo don Martín al entrar—. Si, como pensamos, tomo la casa el año que viene será con condición de que la amueblen de nuevo o tomaré la que ocupa la “traviata” de al lado, que, según dicen, está muy bien.

Luis, sin fijarse en trastos, se había acercado a Salomé cogiéndole y estrechándole cariñosamente las manos, y diciendo por galantería:

—¡Si no está usted más gruesa que antes!

En realidad, según lo dicho por su hermano en el coche, la pobre señora era un fenómeno. Había empezado a desarrollarse su obesidad a los quince años, aumentando tan rápidamente a despecho de drogas y tratamientos, viajes y consultas, que a los veinte estaba ya resignada a ser en lo que le restase de vida un estorbo para los demás y para sí propia; como ella decía, un alma ahogada entre carne.

—Eres muy amable—replicó—; dices eso por consolarme, pero nadie me engaña; estoy como nunca. Apenas puedo moverme; no hay escalera que no chine en cuanto me agarro al pasamanos; han tenido que ponerme la cama casi en el suelo para que me eche sin tener que subirme.

Aumentábase la lástima que inspiraba considerando al contemplarla que a no estar desfigurada por su excesivo volumen hubiera sido guapa.

Tenía las facciones finas, el cutis fresco, a pesar de su edad; los ojos azules, de mirar inteligente y dulce, el pelo rubio y sedoso; atractivos de que sólo se daba cuenta quien la conocía mucho, tomando, en cam-

bio, todo el mundo a chacota su enorme rostro, su ancha espalda y su andar inseguro y casi bambolean-te, como si los pies no pudieran con el peso que so-portaban.

—Consuélate, consuélate—decía a Luis—del efecto que yo causo mirando a ésta; yo soy un susto, pero ¡vaya una indemnización para los ojos!

—Por Dios, tía—dijo Soledad—, no me avergüence usted: ni está usted tan gruesa, ni valgo yo tanto.

Algo exagerado fué el elogio. Soledad no era de las que a primera vista entusiasman, sino de las que, tratadas, cautivan. Aunque tenía treinta, apenas representaba veinticinco. Sus encantos físicos no bastaban para enloquecer a nadie. Era pequeña, la tez algo pálida, el pelo castaño oscuro, azules los ojos: tipo de mujer como hay muchos, que, al paso en la calle, ni atrae por bonita ni por fea desagrada; lo mejor, las manos y los pies, que se cuidaba mucho, yendo mien-tras podía sin guantes, y siempre admirablemente cal-zada. Para vestirse tenía refinado gusto, sabiendo es-coger en formas y colores lo que mejor le sentaba. Sus verdaderas armas eran el carácter, el genio, la educación, conjunto de cualidades que formaban su modo de ser altamente simpático. Momentos había en que, por las inflexiones de la voz y la dura fijeza que adquirirían sus ojos, autorizaba la sospecha de que antes pecase por exceso de energía que por sobra de ternura; mas para ello era preciso que se viera injusta-mente contrariada: lo permanente de su condición eran la mansedumbre y la bondad. Además, se distinguía por la ausencia de coquetería: es decir, nunca procu-raba ser galanteada ni admirada; no buscaba el tri-buto de la lisonja ni el halago del requiebro; pero,

quizá por esto mismo, cuando comprendía que un hombre quedaba bien impresionado por su afabilidad, su inteligencia, su gracia y su elegancia; si se le elogiaba el pelo, el pie y la mano, que era lo más bonito que tenía, y no lo ignoraba, entonces, visible y sinceramente satisfecha, el contento se le retrataba en el rostro, animándosele ojos y boca con una sonrisa de singular hechizo que casi la embellecía, haciendo pensar a quien la miraba que aquella mujercita de aspecto vulgar, a imagen de esas florecillas modestas que dejan la mano impregnada de perfume intenso, llegada la ocasión había de sentir con alma grande y ser excelente pagadora del amor que inspirase.

No quiso Luis cenar, aceptando sólo una taza de té con galletas que Soledad ayudó a servirle en tanto que él, por pura amabilidad, decía:

—Esto sí que es miel sobre hojuelas. Verles a ustedes y además encontrar aquí a esta señorita: ya hacía tiempo que no tenía el gusto de verla.

—No paso en Madrid más que la primavera y el otoño, que es cuando creo que hace usted sus viajes a París: no podíamos encontrarnos.

—Crea usted que por mi gusto allí pasaría todo el año. En España no se puede vivir.

—No estamos conformes—repuso Soledad sin acritud, pero expresando claramente opinión contraria—, y añadiendo: —París... un mes al año, y todos los años. Pero vivir, donde uno ha nacido.

—Mire usted que para los hombres, con dinero, ¿eh?, París es la gloria.

—Es que yo creo que los hombres, por ricos que sean, tienen ustedes algo más que hacer que limitarse a disfrutar de la vida. Digo, yo si fuera hombre, aun-

que me divirtiese mucho, aunque tuviese una gran fortuna, y precisamente por tenerla, me consideraría obligado a algo que redundara en provecho de mi país. La verdad, quejarnos de atraso y venir al extranjero nada más que a gastar y pasarlo bien...

—¿Pues a qué quiere usted que vengamos?

—A pasarlo bien, desde luego; pero estudiando lo bueno que haya para aprovecharlo en nuestra patria.

—¡Ah! ¿Es usted patriota?—preguntó él con algo de sorna.

—Sí, señor—repuso ella con cómica seriedad—; no patriota para entusiasmarme porque las gentes salgan a la calle dando vivas con cualquier pretexto; pero patriota en otro sentido.

—Explíquese usted. Quisiera saber cómo entienden el patriotismo las señoras que precisamente compran ustedes aquí o de aquí gastan cuanto llevan encima.

—Yo se lo diré a usted, sí, señor: he pensado mil veces en ello. Compramos aquí todo eso porque los señores hombres que dirigen la vida del país no hacen nada para que lo podamos comprar allí.

—Vuelve por otra—dijo Salomé riendo.

—A ver, a ver.

—No; no se burle usted, que yo no sé discutir bien: pero ¿no hay sedas buenas en Valencia, por ejemplo? ¿No se fabrican paños en Cataluña? ¿No hay vacas en la Montaña y las Provincias Vascongadas? ¿Pues qué hacen ustedes para que en Valencia se aprenda a tejer y teñir como en Lyon, ni para que los paños catalanes, que dicen ustedes que un traje se estropea en cuanto se moja, sean como los ingleses? ¿Ni quién ha procurado que la manteca pasiega tenga el sabor que la de Normandía? En cuanto a las cosas que nos

ponemos nosotras, ¿qué gusto van a tener las pobrecitas modistas de nuestra tierra, que no han visto, que no han aprendido? Por lo general hacen unos esperpentos horribles; pero crea usted que si viniesen a aprender aquí, otra cosa sería. ¿No van los médicos a Alemania y los artistas a París y a Roma?

—¡Ha hecho usted un discurso! ¡Buenas picardías aprenderían las modistas españolas si fuesen a estudiar a París! ¡Pobres de nosotros!

—Eso es echar las cosas a broma. Además, para que las mujeres hagan picardías no han menester salir de su tierra: basta que ustedes los hombres, en vez de educarlas para que aprendan a vivir y defenderse, las dejen ignorantes y sin defensa... Viven miserablemente... eso es lo que a ustedes les gusta, y cuando están desesperadas entonces sale el caballero que la protege... si es bonita; y si no... se pone a servir... o se muere de hambre.

—¡Es usted toda una socióloga!

—Nada de eso: no hablaré de lo que no entienda. Lo que le aseguro a usted es que cuando doy treinta duros o cien francos a una madama de éstas por un sombrero me cuesta un disgusto, porque con más gusto se los daría a una de mi tierra.

—Pues yo no me preocupo de eso. No hemos de remediarlo. Vivir y gastar donde se está bien: ésta es mi teoría.

Continuaron charlando un rato, sin decir cosa digna de pasar a la historia, mas siendo de notar que entre las vulgaridades de uno y otro había esta diferencia: las de ella eran las propias de una mujer que pretendía hablar con buen deseo de algo que no dominaba: las de él, además de ignorancia, revelaban la indife-

rencia y el egoísmo del hombre que se considera con derecho a gozar de la vida sin molestarse en procurarlo.

Don Martín había cogido un periódico: la enorme Salomé, que, arrellanada en su butaca, estaba casi dormida, se despabiló al dar una cabezada, diciendo: —Me voy a la cama.

Soledad, al mismo tiempo que daba las buenas noches a Luis, la ayudó cariñosamente a levantarse y se retiró acompañándola. Don Martín se despidió también, y cada cual se recogió a su cuarto.

No inspiró Soledad a Luis aquella noche el menor interés: le pareció de vulgarísima figura, vestida con gusto, eso sí, y sobre todo algo marisabidilla: nada más.

Ella, mientras se acostaba, pensó que Luis debía de ser uno de tantos, sin personalidad, del montón; ni intelectual ni acaso moralmente tenía trazas de valer gran cosa, y era lástima, porque en lo físico reunía los atractivos que más pueden agrandar a una mujer: era lo que se llama un buen mozo; alto, de aspecto sano y vigoroso; guapo sin sombra de afeminamiento; muy moreno, sin llegar a cetrino; negros el pelo, la bien cuidada barba, y los ojos, si no tan expresivos que hablaran solos, lo bastante animados para que no pareciera tonto; gallardo de cuerpo y elegante sin afectación, por lo menos de los que saben elegir sastre.

Sin quedar prendada de él ni desvelarse con su recuerdo, le consideró mentalmente como uno de esos hombres a quienes cualquiera mujer de buen gusto puede dar el brazo, complaciéndose en ello y siendo envidiada de otras.



II

Don Martín y Luis daban a pie grandes paseos; Soledad, aunque se lo censuraban, gustaba de irse sola a recorrer los contornos o acompañaba con frecuencia en coche a Salomé, sin que le molestara lo más mínimo lo que llamaban la atención por el extraordinario volumen de la pobre señora. De noche los hombres iban un rato al Casino o a la estación a ver la llegada del exprés; ellas se quedaban leyendo una y otra dormitando. Durante las comidas Salomé, como desquitándose instintivamente de los largos ratos que permanecía sola en forzoso silencio, charlaba mucho con Luis; así que éste desde que llegó casi no volvió a tener ocasiones de hablar con Soledad, ni había nada que le impulsase a buscarlas. Por lo poco que ella intervenía en los diálogos seguía pareciéndole una mujer pasable, que se vestía bien y que decía cosas raras.

Soledad iba afirmándose en la idea de que ni Luis había inventado la pólvora ni se caía de bueno; pero al mismo tiempo se complacía en mirarle cuando nadie podía notarlo; y como él, salvo la cortesía, no daba

la menor señal de pretender agradarla, comenzó también a sentirse ligeramente mortificada en su amor propio de mujer, barruntando con cierta amargura si acaso sus treinta años la privarían ya de todo encanto.

Una mañana, faltando mucho para la hora de almorzar, volvía Luis de comprar periódicos, cuando al abrir la verja del jardinillo que rodeaba el hotelito se topó con Soledad, que vestida de piqué blanco, primorosamente calzada, un libro en una mano y en otra una enorme sombrilla de seda roja, se dirigía a la playa.

—¿Qué es eso?—dijo él—. ¿Tan temprano salen ustedes?

—Salgo. A la playa hasta que almorcemos. Como casi todos los días.

—¿Sola?

—¿Por qué no? A la tía no le gusta salir temprano. Yo me siento allí, y si no encuentro compañía que me agrade leo, y si la encuentro me dan conversación.

—¿Y va usted sola?

—Naturalmente. No soy niña.

Luis vaciló un momento y en seguida dijo:

—¿Me permite usted que la acompañe?

—¿Por qué no?

En la playa, a la sombra del establecimiento de baños y bajo la que proyectaban muchos y grandes quitasoles de lona listados de rojo y blanco, clavados y sujetos al suelo con cuerdas tirantes como las tiendas de campaña, había muchísima gente; grupos de señoras vestidas casi todas de blanco; hombres que las miraban con más o menos disimulo o sin ninguno; amas de cría y doncellas que por ropaje y tocados mostraban su origen español o francés; multitud de niños, los más descalzitos, unos metiéndose en el mar



La playa.

hasta media pierna para llenar sus cubos de juguete sin cuidarse de las llamadas y gritos de las madres; otros haciendo con manos y palas zanjas y montoncillos de arena que las olas primero desbarataban al extenderse avanzando rápidamente, y luego acababan de destruir arrastrando en la resaca millones de piedrecillas. Por tablones puestos desde la bajada del establecimiento hasta cerca del agua, mal cubiertas con capas de hule o telas de secar, bajaban y subían las mujeres en traje de baño, calzadas unas con alpargatas o sandalias, otras descalzas, mostrando los pies deformados por la opresora manera de calzarse, privadas todas del encanto del pelo por las gorras y pañuelos en que, para no mojárselo, se lo envolvían. Mezclados y confusos oíanse los chillidos infantiles, las voces de los grandes, el pregonar de los vendedores de bollos y periódicos y las risas de las señoritas requebradas, mientras un mendigo de melenas grises, con pretensiones de artista, arrancaba a su violín una popular melodía italiana que, pareciendo cursi a los jóvenes, acaso evocaba recuerdos dulcísimos en el alma de los viejos. El agudo silbido de una lancha de vapor convidaba a pasear por la bahía, y dominándolo todo resonaba con implacable tenacidad el rumor eterno del oleaje al quebrarse en la rompiente. A lo lejos, descollando sobre un pequeño promontorio entre "chalets" cercados de pinos y tamarindos se alzaba el faro; resplandecía con todo su magnífico poder el sol de agosto, y en la postrera línea del horizonte, desvaneciéndose en la limpidez de la atmósfera, una nubecilla de humo larga y ondulosa marcaba el paso de un buque manchando el azul cobalto purísimo del cielo.

Soledad y Luis bajaron las escaleras que había des-

de el establecimiento hasta el arenal, y escogiendo sitio se sentaron algo apartados del grueso de la gente.

Quien tenían más cerca era una mujer sola, muy joven, rubia, hermosísima, aunque demasiado grande: estaba primorosamente vestida de color de rosa, con desprecio de la moda que por entonces había impuesto lo blanco, y sentada, si no precisamente en postura llamativa ni atrevida, con un poco de estudio; la silla muy hincada en la arena, algo echada hacia atrás, el brazo derecho apoyado sobre el respaldo, la deándolo de modo que los palitroques de éste no ocultaran su talle, y en el travesaño de otra silla puestos los pies, que asomaban bajo la falda no tanto que pareciesen ofrecerse a la mirada ni tan poco que hubiera de buscarlos. Sobre el regazo tenía un saquito de piel blanca y un libro donde a ratos leía, sin que al parecer le interesara gran cosa.

Soledad y Luis la miraron a hurtadillas: éste por la figura; aquélla por la figura y por el traje. La observada permaneció inmóvil, modestamente caídos los párpados, como quien siente que le están examinando de alto a bajo.

—Muy guapa, ¿eh? Es nuestra vecina—dijo Soledad bajito.

—¿Vecina nuestra? ¡Ah! sí—contestó Luis recordando que al salir de la estación, el día de su llegada, don Martín le habló de ella—. Ya sé, la del hotel inmediato al nuestro.

—Es encantadora, aunque un poco grande; en cambio se viste que va hecha un primor.

—Pero a la legua se conoce que no es trigo limpio.

—Algún picaro habrá tenido la culpa—replicó rápidamente Soledad.

—¿Supone usted...?

—¡Siempre! De cuanto malo y bueno hacemos nosotros, son ustedes causantes o responsables.

—Y viceversa.

—Cabal; pero las mujeres no solemos causar daño sino cuando estamos apasionadas, y ustedes lo hacen por gusto, hasta por vanidad y amor propio.

—De modo que usted imagina que cada una de éstas...

—Es el resultado de la maldad de uno de ustedes. Pero déjese usted ahora de discutir y mírela usted... ¡Qué pelo!... ¡Qué boca!... ¡Los pies monísimos!

—Verdad que sí; sabe usted juzgar. Nunca he visto que una mujer haga notar de ese modo los encantos de otra.

—Es hermosísima, y como fina y de aspecto elegante aquí no hay nada que se le pueda comparar. Y tiene cara de buena.

La interesada, que a juzgar por la cara que puso indudablemente comprendía el español, no logró contener una sonrisa de satisfacción al oír las últimas frases del diálogo pronunciadas por Soledad; mas no alzó los ojos del libro.

—Crea usted—prosiguió Luis—que en general esas mujeres son malas.

—Hombre, en cierto sentido claro que no son buenas; y, sin embargo, una cosa es vivir de esa manera desdichada, y otra muy distinta ser capaz de buenos sentimientos.

—Las señoras, las señoritas honradas sobre todo, no pueden ustedes hablar de eso.

—Claro que nos faltarán datos..., tenemos que ignorar muchas cosas..., y, sin embargo, no se hagan

ustedes ilusiones, todas con el corazón o con la cabeza juzgamos de todo.

—No habrá muchas tan indulgentes como usted.

—Verdad que no; y es que a mí se me figura que por impulso propio casi todos, hombres y mujeres, seríamos buenos: el prójimo es el que nos echa a perder.

—Créame usted: estas individuos son lo más peligroso de ese prójimo; no les tenga usted lástima.

—Pues me la inspiran grandísima.

—Debía usted formar parte de una de esas juntas que hay para evitar la trata de blancas.

—A las solteras, aunque sean de mi edad, no nos meten en tales cosas. La soltera, oficialmente, no sabe que hay eso, no está bien que lo sepa; se entera cuando ya no tiene remedio.

—Vaya, vaya—dijo Luis sonriendo—, estamos en terreno resbaladizo.

—Como usted quiera. Hablemos de chismes de sociedad o dígame usted galanterías; con nosotras no hay otra conversación, porque supongo que no querrá usted hablar de modas.

—Con la gente que aquí veo no faltará motivo de conversación.

—¿Le gusta a usted la murmuración?

—Según; ahondar mucho en vidas ajenas no, no me gusta; nadie me interesa bastante para eso; ahora, comentar lo que se dice y aun divertirme un poco con ello, sí, es muy socorrido; además, se entera uno de todo y evita tratarse con quien no conviene...

—Yo creo—le interrumpió Soledad—que aceptar o rechazar a las personas por lo que cuentan de ellas,

le hace a uno incurrir en grandes injusticias...; para no ser injustos hay que tener manga ancha.

—Nosotros, los hombres, pase; ustedes ya es diferente. Cuando de una mujer, por ejemplo, se dicen o se saben ciertas cosas, lo mejor es no tratarla, no autorizar lo que se sospecha que está mal.

—Le diré a usted: cuando de esas cosas está uno absolutamente seguro, tiene usted razón; lo grave es que rara vez se saben bien. En los matrimonios desavenidos, por ejemplo, ¡cuántas veces se ignora de quién es la culpa! Las apariencias condenan a uno o a otro; pero fallar de plano, dar la razón, decir con fundamento éste o ésta ha hecho bien o ha hecho mal... casi nunca se puede.

—Por eso hay que conformarse con la opinión que le dan a uno hecha.

—¡Qué horror!—exclamó Soledad—. Eso sí que es exponerse a las mayores injusticias... y abdicar uno de su propio criterio. Con ese sistema, ¿qué diré yo? hasta la calumnia hay que aceptar.

—No digo semejante cosa.

—La opinión que le dan a uno hecha puede ser perversa, infame, equivocada.

—Tampoco vamos a pasarnos la vida investigando los móviles del proceder ajeno; y el calumniar no es frecuente; lo que hay es que se acogen con más o menos facilidad ciertas habladurías.

—Total, igual; a mí me parece que se calumnia cuando se repite lo malo que se dice de alguien, mientras no consta que sea verdad.

—Según ese criterio tendrá usted que transigir siempre y tratar a todo el mundo.

—No, señor; podrá bastarme en muchos casos, por

ejemplo, para no trabar amistad con una señora, o hasta para romper con ella, lo que me digan de su conducta personas formales, serias, que sepa yo que son honradas de verdad; pero, así, por habladurías, chismes y cuentos, por meras apariencias, de ningún modo. ¡Quiá!, no, señor..., y en lo grave, en lo fundamental de la vida... verá usted lo que le digo.

—Lo que veo—dijo Luis tendiendo en torno la mirada y observando que ya no había casi nadie en la playa—es que debe de ser hora de almorzar, y nos vamos quedando solos.

—En lo de almorzar tiene usted razón; ¡pobre Salomé! ¡cómo estará!; en lo de quedarnos solos no le dé a usted cuidado, que a mí no me da ninguno.

—Señal de que no hay persona determinada a quien pueda usted desagradar aceptando compañía —dijo Luis en tono de broma.

—No la hay, no; pero si la hubiera ya la habría yo escogido de modo y dándome a conocer tan bien, que no le importase.

—Es pedir mucha confianza.

—A mi modo de ver, la necesaria; como que cierto sentimiento, a que usted parece aludir, sin confianza... pues ya no es "eso".

Echaron a andar hacia el hotel guardando silencio unos minutos, como quien instintivamente procura darse cuenta de las impresiones que en la conversación recibe y de las que causa. Luis se decía que pocas señoritas pensaban tan libremente, o por lo menos no lo dejaban adivinar, y esta libertad le disgustaba; pero en el modo de expresarla no hallaba cosa censurable. Lo que principalmente sentía era cierta molestia, casi un poco de humillación, al observar que una mujer era

capaz de más valor de conciencia y espíritu de justicia que él para considerar las cosas de la vida.

Soledad se afirmaba en su idea primitiva de que Luis era un hombre vulgar, y, sin embargo, su tipo, su figura, su voz, hasta la manera que tenía de vestirse, le agradaban sobremanera; y concretando el juicio que de él formaba se decía: "¿Qué tendrá?... no vale gran cosa y me complace estar con él... ¿Le gustaré yo?" Viéndole a su lado andar gallardo, pisar firme, lleno de vigor y gentileza, llevando la ropa y moviéndose con natural elegancia, comenzaba a percibir la sensación contradictoria, molesta, de confesarse atraída por un hombre que estaba a cien leguas de valer lo que ella había soñado siempre que valiese el que la llamara suya; y se daba cuenta, temerosa de caer en semejante aberración, de cómo mujeres muy inteligentes pueden enamorarse de hombres indignos de ellas.

Llegaban cerca del hotel cuando rompiendo el silencio para ambos enojoso, pues cada cual temía que el otro le adivinara el pensamiento, dijo Luis:

—El pueblecillo éste es precioso; se está bien y se come admirablemente; pero, la verdad, una mujer como usted aquí debe de aburrirse mucho.

—No sé lo que es eso—contestó Soledad casi riendo—; suelo estar triste; aburrirme, nunca; son dos cosas muy distintas. El aburrimiento es una especie de estupidez en que cae el alma cuando es incapaz de sentir o de pensar. Y ¿quién es el que no tiene algo en su vida, algo con que entristecerse o alegrarse? Casi estoy por decir que el aburrimiento es una manera de egoísmo; a aquel a quien se aburre no le importa nada de nada, porque le faltan ideas y sentimientos.

—¡Es usted casi filósofa o se divierte usted fácilmente!

—Poco hace falta para filosofar, según usted. Y sobre todo, yo no he venido aquí a divertirme, sino por acompañar a tía Salomé.

—Es obra de caridad, porque la pobre está imposible; ésa sí que debe aburrirse, aunque usted no lo crea.

—No se aburre, sufre; ya ve usted: una mujer que dista mucho de ser vieja; ¡cuántas a su edad presumen y coquetean!, tan inteligente, tan buena, guapa, porque, inflada y todo, aún se le conoce lo delicado de las facciones, tan rica...

—Sí—interrumpió Luis—, tan rica como su hermano.

—¡Mucho más!—replicó Soledad—. ¿No ve usted que el otro hermano, el mayor, se lo dejó casi todo a ella?

—No lo sabía.

—Cuanto tenía o cuanto pudo. Reúne más renta que Martín.

A Luis, que escuchaba con la mayor atención, le asaltó entonces una idea, mezcla de sucia sospecha e incipiente codicia: primero, con la rapidez del pensamiento, imaginó que tal vez Soledad fuese con Salomé solícita y cariñosa por interés, con esperanza de heredarla; y en seguida se dijo que si ello sucediera bien se podría transigir con su libre modo de apreciar la vida, su desparpajo y su desenvoltura.

—Sí—repitió Soledad, incapaz de adivinar lo que discurría aquel hombre—; riquísima y sin poder disfrutar de nada. Como la gordura llegada a ese extremo resulta ridícula, nadie quiere ir con ella, nadie la acompaña, no hay amiga que se atreva a estar a su

lado en un palco...; ella, aunque a veces lo echa a broma y hasta dice que se la puede llevar a una feria y enseñarla en una barraca por dinero, tiene días amargos. Conmigo se distrae mucho... Ya ve usted que no hago nada de más.

Luis la oía con ganas de sonreír maliciosamente, porque casi le parecía natural que obrase sólo por cálculo; poco faltó para que lo diese a entender con alguna broma; por fortuna para él, supo callar. Además, quizá contribuyese a su silencio cierta clase de prudencia bastarda, pero instintiva en el hombre cuando en las honduras de su pensamiento comienza a fraguar algo que le halaga o le conviene.

Al llegar al hotelito advirtieron que en una de las ventanas estaba asomada Salomé, la cual, al verles, dirigiéndose a Soledad, gritó más que dijo:

—Oye, nena: para almorzar falta un rato, y Martín no ha vuelto. Bien podrías hacerme el favor de llegar-te hasta la "rue" Thiers y traerme unos pastelitos de los que me gustan; anda, monina.

Hizo Soledad signo de asentimiento con la gentil cabeza, y mirando a Luis dijo:

—Vamos a la pastelería; está muy cerca.

Echaron a andar, y a los pocos pasos preguntó él en broma, quitando con la entonación importancia a las palabras:

—¿De modo que a usted le tiene sin cuidado que nos vean juntitos?

—Juntitos, no—repetió ella con extraordinaria viveza—; querrá usted decir juntos, porque no es precisamente lo mismo. Con usted o con otro, ¿qué más da? No me importa que me vean con alguien o que me

censuren porque voy a veces sola. A lo que no he de dar lugar es a que me vean mal acompañada.

—Es usted un espíritu independiente.

—Cabal. Y en cuanto a lo de ir sola, ¿no es ridículo que una mujer de mi edad, porque le supongo a usted enterado de que tengo treinta, vaya con una "demoiselle" alquilada o con una pobre vieja de esas que en ciertas ocasiones estorban y en otras no dan respeto?

—Como no hay costumbre...

—Pues cuando las costumbres son tontas se rompe con ellas. Vamos a ver, ¿por qué las mujeres que están en mi situación, casi sin familia o con padres muy viejos que no salen a la calle, van con una acompañanta o cosa parecida? Para que se suponga que no hacen nada indecoroso, que están custodiadas, ¿no es verdad?

—Ciertamente.

—Para inspirar confianza; para que los hombres, y sobre todo las amigas, no crean que podemos hacer mal uso de la libertad.

—Así es.

—Pues me parece una solemne majadería; porque una pobre mujer a quien se paga tanto o cuanto al mes, poco más que a una doncella, ¿qué autoridad ha de tener para evitar nada? Irá donde la lleven o esperará donde la digan y tatará lo que le manden tapar; y no digo que callará, porque eso es muchísimo más difícil. Y lo que le afirmo a usted es que yo no haría nunca caso de un hombre que no tuviera en mí plena confianza.

—Es usted admirable: lo malo es que los hombres no piensan así.

—Lo que soy es franca. Las muchachas, las solte-

ras que ve usted por esas calles, muy elegantes, con una señorita mal pergeñada, de diez o veinte duros al mes, o con una señora entrada en años que parece media pareja de Guardia civil, ¿sabe usted lo que piensan, aunque no lo digan? Si son buenas y discretas, soportan la supuesta vigilancia a regañadientes, porque saben que su virtud no necesita centinela; y si son ligeras de cascos, entonces no se paran en barras: lo que hacen es convertir en cómplice, por lo menos en encubridor, a ese mismo centinela.

—Repito que es usted admirable... y no me convenzo.

—Sea usted sincero; lo que le parezco a usted es atrevida. Pero, dígame usted: ahora, por ejemplo, voy a la pastelería y usted me acompaña, ¿qué mal hay en ello? ¿De qué pueden murmurar?

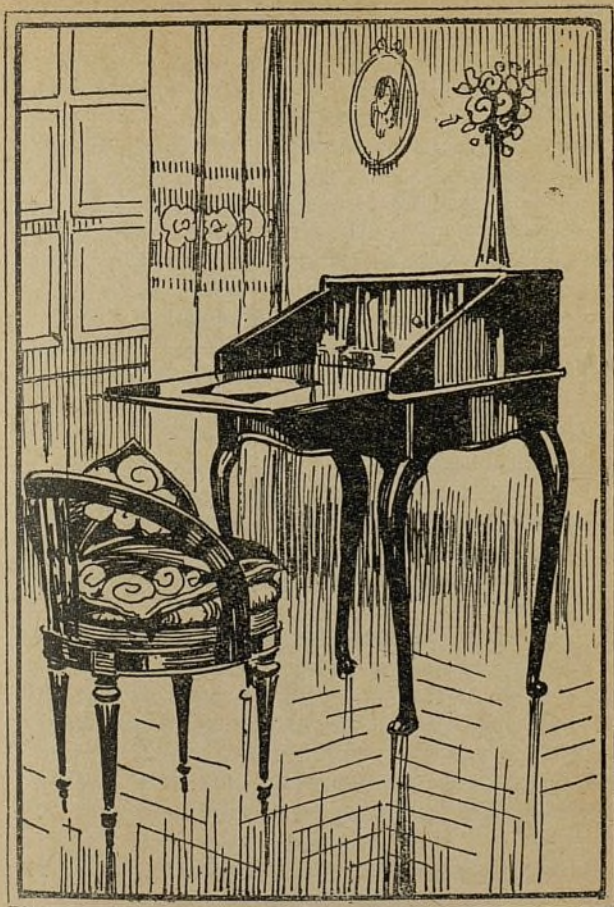
—Verdad; en muchísimos casos la cosa más inocente del mundo; en otros... Suponga usted que yo..., es decir, yo, no, pero alguno que se viera en mi caso, podría aprovechar la ocasión para hablarla a usted como quisiera, como se le antojara.

—Y yo le escucharía a usted, o al que fuera, lo que debiera escuchar; pero en cuanto que se extralimitara tanto así—y con el pulgar de la mano derecha haciendo un ademán muy gracioso señaló la uña del meñique—le contestaría de modo que no le quedaban ganas de acercárseme en toda su vida.

—¿Dejaría usted de tener un disgusto?

—¿Yo? ¿Por qué? Se lo daría yo a quien me faltase al respeto. Demasiado saben ustedes, los hombres, que las insolencias o las cosas feas no se les dicen más que a las mujeres que las toleran. A mí nadie me las ha dicho nunca.





El cuarto de Soledad.

—Es que puede haber cosas que aun no siendo insolencias, sino simplemente expresión de aspiraciones, de deseos... en fin, ciertas osadías disculpables, naturales, que una señorita no debe... vamos, ya me comprende usted.

—Según como sean esas aspiraciones y esas osadías: harto conoce una la clase de sentimiento que inspira, lo que puede aceptar y lo que debe rechazar. Desconfíe usted de las asustadizas.

—¿A quiénes llama usted asustadizas?

—A las que por simpleza natural o por cálculo y coquetería, que es peor, se escandalizan fácilmente. Si lo que a la mujer le conviene es que el hombre hable, que hable mucho...

—Y se comprometa.

—... que muestre todo lo que lleva dentro; así se le conoce y se le toma cariño, si lo merece, o se le desengaña a tiempo, según lo que vale.

—Lo cual quiere decir que usted no haría caso a nadie sin...

—Sin enterarme antes perfectamente de lo que valiera quien me hablase en cierto sentido.

—¿Y la han hablado a usted así muchas veces?

—Es usted curioso—dijo ella entrando en la pastelería, a cuya puerta habían llegado.

Compraron los pasteles y emprendieron la vuelta caídos ambos. Cuando ya estaban cerca del hotel dijo Luis:

—No me ha querido usted confesar si ha tenido usted que hacer esa clase de estudios.

—¿Cuáles?

—Esos a que se refería usted para saber lo que valía quien... quien le haya hecho el amor. Porque no

pretenderá usted persuadirme de que no ha tenido usted nadie que la quiera, y tal vez a quien haya querido.

—Lealmente: gustar, sí, señor, a algunos he gustado; quererme, estoy segura de que ninguno me ha querido, ni yo he llegado tampoco a interesarme gran cosa. ¿Está claro?

—O la habrán querido a usted sin que usted acertase a comprenderlo.

—En eso, amigo mío, es muy difícil equivocarse. Bien se da una cuenta de todo: de la verdad, de la mentira, de lo que nos dicen por lisonja, por cálculo, por lo que sea.

—Pues a mí no me cabe en la cabeza, viéndola y escuchándola a usted, que no la hayan amado de veras. Será usted muy difícil de contentar.

—Acaso tenga usted razón. Es decir, lo que a mí me ha pasado ha sido... pero qué tonterías estamos hablando...; en fin, la cuestión es pasar el rato... entretenerse.

—Bueno, si todo esto es pura broma... corriente; mas lo que yo quiero es que usted me diga lo que me iba a decir.

—¿Qué?—preguntó ella con uno de esos mohines femeninos llenos de encanto.

—Ha estado usted a punto de tener un arranque de sinceridad, de confianza, y se ha vuelto atrás.

—¿Pide usted que lo tenga? Lo tendré. Novio, verdadero novio, un hombre que se haya propuesto ser mío y a quien yo haya jurado ser suya... ése está por venir.

—¡Inverosímil! ¡Parece mentira!

—El Evangelio.

—Explíquemelo usted, porque no lo comprendo.

—Muy sencillo: primero, como no soy hermosa, y además no soy pobre, desconfío mucho.

—¡Ah! ¿No se considera usted hermosa?

—¿Es que va usted a caer en la vulgaridad de lisonjearme? Déjeme usted acabar; segundo, no he tenido novio, porque aunque algunos me han pretendido y hasta les he hecho caso, nunca he dejado llegar las cosas a cierto punto. Me explicaré.

—No puede haber nada más interesante.

—¿Se burla usted? No importa; sépalo usted de una vez: cuando he comprendido que estaba comenzando a querer, cuando he creído que me amaban, he hecho todo lo posible por conocer a fondo al hombre que me cortejaba, sin arredrarme ante la posibilidad del engaño, y porque él me conociese a mí... y he comprendido que él o yo habíamos salido mal de la prueba; que uno de los dos se equivocaba... Muy amargo, ¿verdad?; pero muy sano. Y jamás he consentido en pasar adelante. Ni engañadora ni engañada. Mientras no me salga al paso el hombre a quien yo crea digno de mi cariño y no me persuada de que realmente le amo... soltera me quedaré. Con lo que tengo fundo media docena de camas en un hospital, y me entierran con palma. ¿Quiere usted más sinceridad?

—Para que eso último sucediera sería preciso que no tratara usted más que con hombres sin talento ninguno.

—¿Por qué?

—Porque los que tengan entendimiento pronto comprenderán lo que usted vale.

—Gracias por la lisonja.

—No es lisonja, es que me sorprende que diga usted tan claramente las cosas.

—Sincera, sí, lo soy. Le aseguro a usted que nunca, en ningún caso, trataría de engañar fingiendo cualidades que me falten ni cobraría cariño a un hombre a quien no conociese a fondo; yo no le ocultaría nada de mi alma ni de mi vida, y le exigiría lo mismo; habíamos de saber ambos lo que era capaz de hacer uno por otro. No concibo que se llegue al verdadero amor y al matrimonio de otro modo.

—Discurre usted que es un encanto; pero tomando así la vida, tan en serio, dando a todo tanta importancia, los desengaños son feroces.

—En cambio tienen la ventaja de ser oportunos y salvan de otras cosas peores. Total, que casi le he dado a usted una conferencia; no habíamos de hablar de modas ni de política.

Estaban de regreso ante la verja del hotel. Durante el almuerzo hablaron poco; Martín y Salomé sostuvieron el diálogo. A Luis seguía mortificándole el convencimiento de que aquella mujer tan independiente, resuelta y franca había de considerarle sujeto a vulgares preocupaciones e incapaz de comprenderla; y con cierto rencorcillo vanidoso decía para su capote: "Ya te cortaré yo las alas." Por su parte, Soledad estaba disgustada de sí, temiendo haber hablado con exceso y al mismo tiempo sintiendo un deseo intenso, inmoderado de haberle parecido bien, que no había experimentado con relación a nadie,

III

Transcurrieron muchos días. A partir de aquella mañana, Soledad esquivó prudentemente al hablar con Luis que la conversación tomara carácter de intimidad o confidencia. Siguió, como era su costumbre, saliendo sola y no cuidando nunca de disfrazar sus pensamientos por vanos respetos al prójimo; mas cuando Luis procuraba ir con ella, si cortésmente podía, lo evitaba, y por las tardes hacía que las amigas con quienes paseaba vinieran a dejarla en la misma puerta del hotel. Obraba como si temiera intimar con aquel hombre, y en cambio, sin darse cuenta, comenzó a poner minucioso esmero en el modo de vestirse, escogiendo en formas, colores y detalles de tocado y adorno lo que más le favorecía; hasta hizo tentativas para variarse el peinado, que es en ciertos casos la mayor señal de preocupación que puede dar una mujer.

Salomé, que hablaba frecuentemente con Luis y no tenía pizca de tonta, tardó poco en advertirlo; observándola se convenció de que acertaba, y desde entonces, tras pensarlo mucho, se fué preparando a interve-

nir en aquella situación que juzgaba grave para su sobrina.

Tres semanas después de lo narrado, a las altas horas de la noche, Soledad, encerrada en su cuarto, muy seria, muy triste y con señales de haber llorado, concluía de releer, como para cerciorarse de que había expresado bien sus pensamientos, una larga carta que acababa de escribir a una amiga. La carta, fiel reflejo de su estado de ánimo, decía así:

“Bourg-sur-Mer, 28 de agosto.

Querida Pepita: Pues tan cariñosamente lo pides y más que mi amiga eres mi hermana, seguiré contándote cuanto me pasa y cuanto siento.

No puede decirse que estemos en relaciones; no se me ha declarado, no ha hecho esa gran tontería que llamamos una declaración en regla y que yo he considerado siempre que debe sustituirse con la mutua y callada inteligencia, con el consentimiento recíproco buscado y conseguido por el hombre y la mujer que se agradan y empiezan a quererse. Pero ésta es la hora en que ignoro si ha prescindido de la declaración, comprendiendo que había de parecerme ridícula, o si es que cautelosamente quiere estar en libertad para no comprometerse y retirarse cuando le acomode. Sin embargo, se está comprometiendo y me compromete a mí, pues ya me tienes colocada en una situación de la cual sólo saldré para ser suya o haciendo, para quedar libre, algo que le autorice a llamarme coqueta. De que le gusto estoy casi segura; de que él me gusta todavía estoy más cierta. Y el caso es, mira si te ha-

blo con franqueza, que al confesarlo no quedo contenta de mí.

Mil veces me has oído decir que no concibo que una mujer se enamore sino de un hombre que valga más que ella. Creo que en nuestro amor debe entrar por mucho, si no precisamente la admiración, una cosa muy parecida; pienso que al enamorarnos buscamos en cierto modo apoyo, y que no puede dárnoslo sino quien sea superior a nosotras; lo pagamos en ternura, en obediencia, en abnegación; pero me parece que nada de esto cabe en el alma cuando una se considera más inteligente, más moral, más fuerte, con más corazón y más voluntad que quien ha de ser nuestro director en la vida. No digo que todas amen así, sino que yo quisiera amar de este modo. Y no puedo, porque prescindiendo de vanidad y amor propio, pensando lealmente, me temo que valgo más que él. No soy un águila y veo lo que él no ve; no soy santa, y perdono lo que él no perdona; debiera tener más experiencia que yo, y juzga las cosas del mundo con ligereza de que soy incapaz; en una palabra, vivo persuadida de que, si nos casáramos, nuestro guía, el jefe de nuestra casa había de ser yo, o viviría desgraciada.

A pesar de lo cual este hombre me gusta mucho. ¿Ves qué contradicción? Despierto pensando en él, bajo al comedor deseosa de que esté allí, y cuando digo o procuro algo que le contenta, que nos aproxima, siento una impresión deliciosa. Luego, a solas, si hago, por decirlo así, examen de conciencia, me enojo conmigo misma. Será vergonzoso, pero es cierto; lo que me pasa es que me gusta.

En de regular estatura; bien plantado; ojos que engañan, porque expresan más inteligencia de la que tie-

ne; la barba, que al tacto debe de ser fina, muy cuidada; los dientes blanquísimos; elegante, sin sombra de afectación en el vestir; respirando todo él limpieza y pulcritud. Te aseguro que podría servir de modelo al pintor que necesitara una gallarda figura de hombre para ponerla junto a la de una de esas enamoradas célebres que han llenado el mundo de poesía con su nombre; si fuera galán de teatro sería de los que nos hacen disculpar todos los errores de la pasión. ¿Me vas entendiendo?

Pues todo ese encanto que causa mirarle no diré que se desvanece, pero a mis ojos merma considerablemente en cuanto habla; no es que diga grandes tonterías ni cometa enormes indiscreciones; es que su pensamiento y el mío casi nunca están de acuerdo.

Ya ves si tengo motivos para desesperarme y afligirme. Esto se resolverá como Dios quiera; mas, por ahora, no veo remedio para mi estado de ánimo. Compadéceme, que bien lo merezco. No dejaré pasar muchos días sin escribir. Ya sabes cuánto te quiere tu mejor amiga.

Soledad."

.....

.....

No debió de tardar mucho el principal personaje de este relato en sentir la necesidad de desahogarse y consolarse con nuevas confidencias; porque a la semana siguiente escribía a la misma persona lo que aquí se copia:

"Bourg-sur-Mer, 4 de septiembre.

Querida Pepita: Esto va de mal en peor. No sé lo que me pasa. Llamo en mi auxilio a la razón, procuro reflexionar fríamente y es en vano. Si tuviera valor me marcharía de aquí, ¡y no lo tengo! Para que puedas darte cuenta de mi situación, mira lo que me ha sucedido hace pocos días. Figúrate que ha venido al casino de este pueblo para dar unas cuantas representaciones la Nerval, esa actriz tan hermosa que hace la comedia moderna como ninguna. Naturalmente, el repertorio que trae no serviría para que lo vieran monjas bernardas; hace obras de esas que, con más o menos acierto, pero con gran fondo de verdad, pintan el mundo en que vivimos.

Excuso decirte que muchas mamás dijeron que no llevarían a las niñas, a esas mismas niñas enteradas de cuanto sucede en las casas de sus amigas, y a veces, lo que es peor, de lo que ocurre en la suya propia.

A la pobre tía Salomé le gusta extraordinariamente el teatro; no hay para ella mejor obsequio que tomarle un palco y llevarla a primera hora para que no la vean, porque, como sabes, está de gorda que llama la atención; se queda en segundo término, y sale cuando no queda nadie en los pasillos, después de haber pasado la noche entretenida. El día del "début" de la Nerval salí tempranito y volví con el mejor palco que encontré. ¡Habías de ver la cara de Luis cuando lo dije a la hora del almuerzo! "¿Pero usted va a ir? ¿Una señorita como usted?" Yo, la verdad, por no desagradarle, y en esto comprenderás que estoy más interesada de lo que me conviene, hubiera desistido, pero ¿cómo decir a Salomé que no la acompañaba, sabiendo que no me

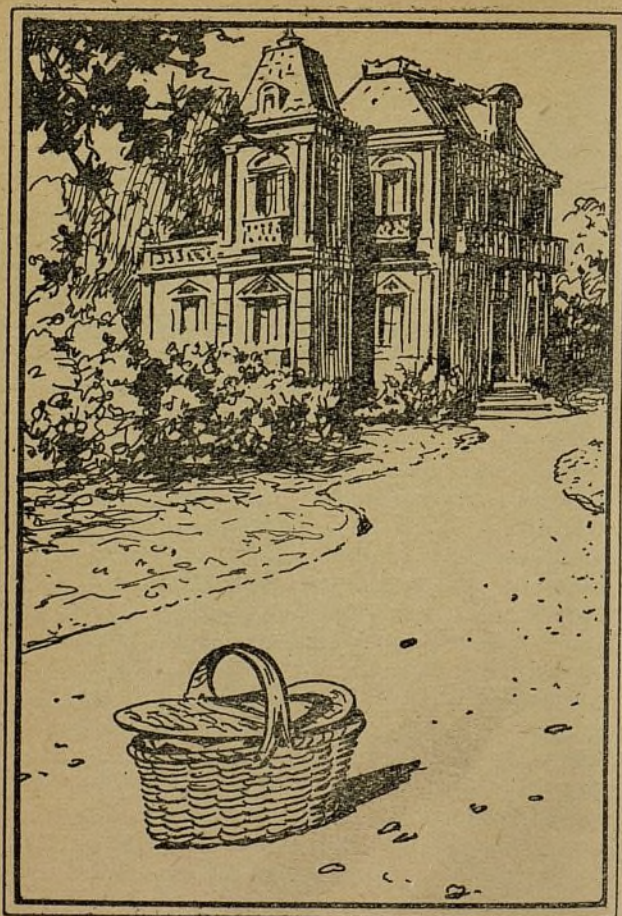
asusto de comedias y que para ella había tomado el palco? Fuimos a ver a la Nerval que, dicho sea de paso, es adorable. Martín y Luis nos acompañaron; el primero por pura complacencia, pues no le gusta el teatro y prefiere acostarse temprano; el segundo supongo que por ir conmigo y por ver a la Nerval, que es preciosa; pero como desaprobaba lo que yo había hecho, quiso, sin duda, dármele a entender de modo que no me quedara duda.

Cinco o seis veces hizo observar que las mamás habían dejado en casa a las niñas. ¡Pobrecitas, lo que se hubieran divertido! Callé prudentemente y siguió censurando, aunque con mesura. Por fin, se le fué la lengua. Al llegar una escena en que dos amantes se besan, dijo: "¡Qué barbaridad! ¡Atiza! No me explico que venga ninguna mujer que se estime en algo." Mira, Pepita de mi alma, hartó comprendí yo que esto no lo discurrió adrede para ofenderme; que fué simplemente un desahogo de su hipocresía y su mal gusto, resultado de la mojigatería que hoy se respira; pero así y todo, me lastimó tanto su falta de tacto que por poco se me saltan las lágrimas. Cayó el telón y me senté en el fondo del palco. Notándolo él, me dijo: "¿Qué le pasa a usted? Si la comedia no es para llorar." No quise contestarle. En mi amargura se confundían la grosería de su frase y la falta de delicadeza que le impedía ver el daño que me hizo con ella.

Y como las cosas en la vida, sobre todo las pequeñas, si en amor hay pequeñas, se enredan y se complican, surgió luego un incidente mucho más desagradable. Al terminar la comedia permanecemos en el palco esperando que se fuese la gente, porque a Salomé no la gustan que la vean. Salimos los últimos; era muy tarde

y no había nadie en las galerías ni el vestíbulo. Al pasar ante el restaurante, que consta de dos salones, uno grande y otro pequeño, viendo que el primero estaba desierto, y creyendo que, dada la hora, el segundo estaría lo mismo, dijo Salomé: "Hermano, convidame a tomar chocolate."

Entramos y tomó cada cual lo que quiso. De pronto oímos hablar en el saloncito chico, y a los pocos minutos salieron de retirada una mujer hermosísima, elegante sin nada llamativo, y un caballero de muy buena figura dándole el brazo. Cuando llegaban cerca de nosotros miré, aunque discretamente, con esa curiosidad que no sabemos reprimir al ver un traje bonito. La señora me miró también, vaciló un momento, como quien duda o no se atreve a saludar, y desviando lenta la mirada, habló en voz baja con su acompañante; pero yo, que la había reconocido y comprendido su turbación, me levanté, corrí hacia ella y atajándola el paso le cogí las manos y la besé cariñosamente. Era Beatriz Morales, nuestra compañera de colegio. Ya sabes la historia. Ella era la rica; el marido la arruinó y luego se escapó con un aya que habían tomado para la niña que tuvieron. Al cabo de cinco años de abandono, y dicen que casi de miseria, Beatriz encontró un hombre que la quiso, y juntos viven los tres, porque ese hombre está siendo, por amor de ella, el verdadero padre de la pequeña. Se armó en Madrid el gran escándalo: desde entonces unos la saludaban; otros, no; yo no la había encontrado hasta ahora. "¿Pasabas sin decirme nada? —le pregunté—. Ella, sonriendo con cierta dulce tristeza, hizo un gesto que significaba: "¿Y yo qué sabía si tú me querías saludar?" Me presentó al que la acompañaba, y en seguida, besándome con alegría, dijo:



El hotel de Yolanda.

“Gracias, gracias; tú siempre la misma; no debí dudar: en Madrid nos veremos.” “Iré a verte—repuse—, y que seas dichosa.” Así nos separamos; ella, sin duda satisfecha; yo, contenta de mí. Todo fué cosa de un instante; pasó en menos que se refiere.

Al volver junto al velador en que estábamos observé que mi tía Salomé hacía una ligera inclinación de cabeza a los que salían; Martín se había descubierto; Luis, fingiendo estar ensimismado o distraído, se miraba el charol de los zapatos. Harto comprendí que Salomé y Martín se mostraban corteses por consideración a mí; y también me di cuenta de que a Luis se le había revuelto la moral y tenía por censurable lo que yo acababa de hacer: no supo disimularlo.

A la mañana siguiente me lo dijo con franqueza, ocurriendo entre nosotros una escena que no se me olvidará nunca. Estábamos solos en el saloncito del hotel esperando la hora del almuerzo; él, muy serio; yo, muy triste. Sin necesidad ni prudencia sacó la conversación; hablamos casi con acritud; defendió su intolérante modo de pensar; yo el mío. De pronto dijo: “Ha hecho usted mal; la sociedad es como es, y hay que bajar la cabeza.” “Yo bajo la cabeza—respondí—cuando es preciso; lo que no bajaré nunca es el corazón ni la conciencia. Aquella mujer es digna de lástima, de respeto, y sobre todo, es mi amiga y en mí nadie manda.”

De repente, ¡figúrate mi sorpresa!, se abalanzó hacia mí, me cogió ambas manos, oprimiéndomelas violentamente, y con la cara descompuesta, entre apasionado y sañudo, dijo con acentos que lo mismo podían nacer de amor que de soberbia: “¡Pero no ve usted que yo la quiero y no puedo vivir sin usted... si tiene

usted que quererme!" Y soltándome las manos para cogerme por el talle me atrajo hacia sí pretendiendo besarme. Roja de vergüenza me desprendí de él, sin gritar, sin proferir palabra, y corrí a refugiarme en mi cuarto. La impresión que recibí fué tremenda. ¿Qué pasaría dentro de aquel hombre? ¿Obró como enamorado? ¿Fué un animal? Lo que me pareció fué un animal enamorado. Tardé en serenarme, y cuando bajé ya estaban en el comedor Martín y Salomé. Lo horrible después de todo esto, Pepita de mi alma, es que estoy triste, alicaída, pero no indignada. Ya lo ves: en nada pienso, igual que ese hombre; ni en lo que importa poco, como una cómica o una comedia, ni en lo que importa mucho, como un caso en que interviene la conciencia; ha sido indiscreto, intolerante, descortés, atrevido... y sigue gustándome. ¿No te lo explicas? Yo tampoco. Es absurdo, pero verdad. Mira, cuando me oprimió brutalmente las manos, ni más ni menos que puede hacerlo el criado con la doncella, le rechacé por dignidad y pudor, pero su presión me pareció una caricia. Algo hay que me arrastra hacia él con fuerza poderosa; y, sin embargo, comprendo que siendo suya sería desgraciada. Ya sabes todo lo que me pasa. No espero nada bueno y voy temiendo que este amor mío, ¡porque es amor!, de que casi me avergüenzo, sea el comienzo de mi desdicha. Sólo pueden salvarme dos cosas: que él haga algo muy mal hecho, con lo cual me desencante, ¡calcula qué pena!, o un arranque mío de independencia y entereza, para el cual me van faltando fuerzas. Te darás cuenta de lo que me sucede con esta última confesión que quiero hacer. Si hubiera de entenderme con él a distancia, escribiéndonos o por telégrafo sin hilos, estaría segura

de obrar conforme a mi conveniencia: viéndole, teniéndole al lado, no sé lo que será de mí.

Adiós, monina. Que nadie más que tú sepa lo que sufre tu mejor amiga,

Soledad."

IV

Gracias a gentes de esas que todo lo averiguan y lo cuentan, se sabe que después de lo referido por Soledad en sus cartas, Luis, acaso avergonzado de lo que había hecho, o quizá comenzando a ejecutar un plan que fraguara, se fué a París de la noche a la mañana, diciendo que permanecería ausente unos días para cuidar asuntos de interés, mas con propósito de volver pronto; y desde allí escribió a Soledad y a los tíos de ésta: a la primera pidiéndole perdón, ofreciéndole explicar a su regreso el impulso que le había movido a tamaño atrevimiento; añadiendo que conocida por ella la causa del desmán esperaba que le perdonase; a Martín y Salomé les comunicaba la resolución de casarse con Soledad si ella quería.

Entonces Salomé—y éste fué rasgo que influyó poderosamente en cuanto sucedió después—se encerró con Soledad y tuvo con ella una larguísima conversación, al terminar la cual salió la sobrina del cuarto de su tía con el semblante muy serio, como persona que acaba de escuchar algo que le importaba saber y que, habiéndolo sabido de pronto, le ha disgustado mucho.

Y es fama que las postreras palabras de la bondadosa y franca señora gorda fueron éstas o muy parecidas: "Tratándose de otra, puede que me hubiera callado; siendo tú la mujer que eres, pensando como piensas, y conociéndote yo, me parece que he cumplido un deber"; a lo cual, poco más o menos, respondió Soledad: "Ha hecho usted bien y se lo agradezco con toda mi alma. Estoy segura de que la resolución que yo tome no le parecerá a usted mal." Desde aquel momento, Soledad pareció constantemente preocupada, y aunque procuraba disimularlo, pasaba días enteros acometida de honda y tenaz tristeza.

Tras ocho días de ausencia, una mañana volvió Luis de su viaje. Cuando entró en el jardín del hotel seguido del mozo de la estación, que le traía en un carrito de mano su baúl y sus sacos de viaje, don Martín, que allí estaba leyendo un periódico, le saludó afectuosamente, aunque sin grandes extremos, como si se hubieran visto la víspera, y para evitar que le hablara de su proyecto de boda, o por no darle explicación de otras cosas, dejándole solo, se fué a su cuarto con pretexto de vestirse. Preguntó Luis por Salomé, y le dijeron que no se había levantado. A Soledad no intentó verla, porque se proponía hablar antes a los tíos para que intercedieran en su favor.

Dió la hora del almuerzo. En el comedor esperaban Salomé y don Martín.

—Cuenta, cuenta. París estará hermoso—dijo la primera.

Luis no oyó la frase o no hizo caso. Acababa de ver que en la mesa sólo había tres cubiertos, y aparentando cariñoso interés, pero en realidad presintiendo la

amenaza de algo que pudiera ser humillante para él, preguntó:

—¿Qué es esto? ¿No almuerza Soledad? ¿Está mala?

—No, mala no está—repuso don Martín.

—Pues, ¿cómo no la esperamos?

—Dios sabe a qué hora se presentará por aquí.

—No se puede hacer carrera de ella—añadió Salomé, con tan dulce entonación que casi no había enojo en su censura.

—¿Pero ¿qué pasa?

—Cosas dé ella.

—Al fin lo ha de saber; más vale decirselo claro—agregó don Martín.

—Y después de todo, aunque sea una extravagancia y cosa fuera de lo corriente, es prueba de buen corazón—dijo la señora gorda.

—¡Acaben ustedes de una vez!

Don Martín tomó la palabra:

—Una extravagancia, como ésta dice, que cada cual comentará a su modo..., y Dios nos coja confesados. Ya sabes—siguió, encarándose con Luis—que en el hotel de al lado vive una mujer muy hermosa.

—Preciosa—interrumpió Salomé.

—La *cocotte*; en la playa me la enseñó Soledad; pero ¿qué relación puede haber entre las dos?

—Ahora verás, y prepárate, que esta sobrina nuestra hace cosas extraordinarias. De fijo que ya no hay casa en el pueblo donde no se hable de ella; algunos puede que la defiendan..., no sé..., no sé.

—Ha sido imprudente, es verdad—dijo Salomé—; pero, vamos, eso no se hace sin tener un alma muy grande,

—¡Acaben ustedes!

—Bueno—continuó don Martín lentamente—: pues has de saber que la *cocotte*, que se llama o hace que la llamen Yolanda de Saint-Bris, había tomado el hotelito contiguo a este de agosto a fin de octubre; llegó una semana después de nosotros. Vivía con el jardinero y su mujer, que tienen dos niños, y dependen de la propietaria; una cocinera que tomó aquí, y la doncella que trajo de París y que, según dicen y así se comprende lo que ha hecho, llevaba muy poco tiempo en su compañía. Tú te fuiste de aquí el miércoles, 7, ¿no es esto?... Sí; pues al viernes siguiente, según mis noticias, la *mademoiselle Yolanda* cae enferma..., pasa la noche mal..., al otro día peor, mucho peor, un calenturón horrible, y mandan a buscar un médico. Viene el doctor, uno de los dos o tres que viven aquí sostenidos por la colonia española; la examina, tuerce el gesto, vuelve por la noche..., para abreviar: viruelas; ¡un ataque espantoso! En cuanto se enteraron las criadas, la primera que echó a correr fué la doncellita traída de París, pero, lo que se llama echar a correr; oír al médico que eran viruelas, exclamar aterrada: *Mon Dieu! Mon Dieu! Oh, la petite verole!*; llamar al jardinero para decirle que tenía mucho miedo y marcharse, todo fué uno; la cocinera, que no dormía en la casa, al llegar y enterarse dejó la cesta en la casita del jardinero y no ha vuelto a parecer.

—¡Qué barbaridad!—interrumpió Luis.

—La mujer del jardinero, después de una pelotera con su marido, que no ha querido seguirla, cogió a sus dos chicos y se fué a casa de unos parientes. Y ahí se quedó *mademoiselle Yolanda* con toda su hermosura cruelmente amenazada, sus alhajas, que las

tiene buenas, y sus viruelas, sin más amparo que el jardinero.

Cuando volvió el médico ya estaba sola con ese pobre hombre, único que ha tenido caridad. El médico, ¿qué había de hacer? Dijo que al hospital con ella; por supuesto, corriendo el riesgo de que en el traslado se agravara... Y aquí entra lo gordo.

De todo esto se enteró la vecindad, y antes que nadie nuestros criados. La doncella de Soledad, esa chica guapa, aragonesa, que tiene hace cinco años y la quiere mucho, se lo cuenta a su ama; Soledad se indigna, dice que esas gentes son fieras, que es una inhumanidad, y de repente, sin pararse en barras, dice a su doncella: "Carmen, ¿te atreves a que tú y yo nos metamos ahí a cuidar a esa pobre mujer?" "Yo voy donde vaya mi señorita." "Pues andando."

Luis, echándose las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Ave María Purísima! Y usted, ¿cómo consintió semejante disparate? Pero ¿a quién se le ocurre? ¿No podía mandar venir... y hasta pagar una enfermera?

—Sí, sí—continuó don Martín—. Cualquiera la tiene. Pasó al hotel de al lado, habló con el jardinero, que se quedó con la boca abierta; esperó al médico, que no sale de su asombro desde que sabe que Soledad es una señorita, porque al principio creyó que se trataba de una cualquier cosa como la enferma, habló con él, entraron en la alcoba de la francesa, ¡tú imagina la sorpresa de la pobre mujer!, y ahí tienes a la señorita y a su criada hace cinco días expuestas a lo que puedes suponer.

—¡Qué barbaridad! En mi vida he oído cosa parecida.

—Cuando dijeron a la *cocotte* que había que llevar-

la al hospital, la escena fué desgarradora. El médico le preguntó si tenía familia a quien avisar, y ella calló y rompió a llorar.

—¡Vaya usted a saber... ni qué familia va a tener eso!

—¡Pobre mujer!—dijo Salomé enternecida—. Lo cierto es que Soledad... hasta nos ha expuesto al contagio...; pero ella y la chica son admirables.

Luis murmuró entre dientes:

—Una locura.

—Y ya lo sabes todo—agregó don Martín—. Soledad viene a comer a la hora que viene, o no viene y manda a la Carmen por la comida...; ha pasado tres noches sin desnudarse... ¡por una mujer a quien no conoce!, y está haciendo por una perdida lo mismo que haría por una persona de su familia.

—Está medio loca.

—Por supuesto, a quien hay que oír es al médico. Hay que ver con qué respeto y qué admiración trata a Soledad; dice que si los premios a la virtud no son para estos casos, no sabe para qué sirven.

—Sí, sí—contestó Luis—, y el pegarse la enfermedad también es para estos casos. Me dejan ustedes estupefacto. Con lo que son las gentes, ¡flojo escándalo se habrá armado!

—¿Cómo escándalo?—preguntó Salomé—. Eso no; será una imprudencia, una cosa fuera de lo común...; pero en el fondo...

—Sí, muy en el fondo. Sea por lo que sea, ¿le parece a usted discreto que una señorita como ella se meta en casa de semejante mujer? Cualquiera que se entere, ¿no pensará que para hacer una cosa así se

necesita... conocerla antes..., ser amigas... ¡Vayan ustedes a atajar la maledicencia!

—¡Valiente cuidado le da eso a ella!—exclamó Salomé, que aunque no se atrevía a declararlo abiertamente por su nativa bondad, estaba entusiasmada con lo que había hecho su sobrina.

... ..
... ..
... ..

Las gentes comentaron el caso de diverso modo. Dicho sea en honor de la especie humana, más fueron los elogios que las censuras. También se sabe que, cuando pasado el peligro y casi restablecida Yolanda de Saint-Bris, llegó una mujer de no mala traza a recogerla y acompañarla a París, el instante en que la señorita madrileña y su criada baturra se despidieron de la pecadora francesa, fué escena para descrita por pluma de oro; acaso uno de esos momentos de excelsa intangible poesía que el escritor no debe desvirtuar con comentarios, porque cuando es tan soberana, el arte no puede añadir belleza a la belleza de lo real.



V

A la semana siguiente Luis, espiando a Soledad en uno de sus largos paseos vespertinos y buscándole las vueltas, se hizo el encontradizo con ella a bastante distancia del pueblo, alcanzándola en un bosque magnífico de pinos cuyos troncos, heridos por los rayos casi horizontales del sol poniente, parecían de oro. La tarde era hermosísima; escuchábase cercano el formidable batir del mar al meterse rugiendo entre las grietas de las rocas; oíanse también de cuando en cuando, pero debilitados, pobres, mezquinos, como apagados por aquella potente voz de la Naturaleza los ruidos estridentes de silbidos de locomotoras, bocinas y sirenas de automóviles; la luz del día iba faltando aprisa, y la turbulenta superficie del Océano se ensombrecía por momentos, dando intenso valor a la blancura de la espuma que se formaba en la cresta de las olas. En el extenso y casi pelado montículo hasta donde Soledad había llegado para ver la puesta del sol, una niña apacentaba tres cabras que se detenían a mordisquear la escasa hierba humedecida del ambiente salino; no había nadie más.

Soledad, vestida con exquisita sencillez, modeladas las líneas del airoso busto por un traje todo de franela blanca que el viento ceñía a su cuerpo, iba andando despacio; luego se sentó en una gran piedra.

De pronto oyó que a su espalda la llamaban.

—¿Ha venido usted siguiéndome?—preguntó al ver a Luis.

—¿Para qué mentir? Sí. ¿No piensa usted que debemos hablar?

—Cuanto usted quiera...; puede que sea por última vez.

—Ante todo, ¿me ha perdonado usted mi arrebató del otro día?

—¿A qué volver sobre eso? Sí, perdonado está usted; en realidad, no creí que necesitara usted perdón; me figuré... ¿qué sé yo? Que no sabía usted lo que se hacía...; que acaso había usted tomado con el café cuatro copas de coñac en vez de una... En fin, no se hable más.

—De mi arrebató, no; de mi pretensión, sí.

—¿Su pretensión? Tampoco de eso; todavía menos. Podemos ser excelentes amigos, aunque tal vez, dada la diferencia de nuestro modo de pensar en muchas cosas, necesitaríamos hacer más gasto de tolerancia que de confianza...

—La buena educación borra todas las diferencias.

—Menos las que brotan del corazón, del sentimiento. ¿Para qué obstinarnos en ser hoy medianos enamorados, mañana malísimos casados? Cuando pase a nuestro lado la dicha será necedad no atraerla; pero llamar a la desgracia es locura; no, dejarla que se aleje, algún día nos alegraremos.

—¿Sinceramente imagina usted que sería infeliz conmigo?

—Estoy segura, y usted conmigo. No nos hagamos ilusiones. Solos estamos, nadie puede escucharnos, nadie sabrá lo que nos digamos; hablemos lealmente; yo, sobre todo, aunque usted imagine que rompe esas que llaman ustedes conveniencias sociales.

—Diga usted cuanto quiera.

—Para que vea usted si soy franca, estoy persuadida de que le gusto a usted mucho.

—¡Muchísimo más!

—Y usted a mí no me disgusta.

—¿Entonces?...

—Pero de ahí no pasamos, y el matrimonio, a mis ojos, es algo más que la unión de un hombre y una mujer que se gustan; ha de ser—llámeme usted romántica, no me importa—la compenetración de dos espíritus, de dos naturalezas capaces de considerar del mismo modo la vida; que para sufrir y gozar tengan las mismas armas y las manejen de igual manera. ¿Le choca a usted que una mujer discorra así, verdad? Cuando una no es hermosa, tiene tiempo de pensar en todo. En fin, creo que sus ideas de usted, sus armas para la batalla de la vida, no son las mías; en vez de emplearlas juntos para luchar por nuestra felicidad, créame usted, acabaríamos esgrimiéndolas contra nosotros mismos. Seamos prudentes. No hay mortificación de amor propio para ninguno de los dos. Nadie sabe que hemos sentido mutua y pasajera inclinación... ¿Quedamos amigos?—añadió alargándole la mano.

Luis, experimentando no pena ni cosa parecida, pe-

ro si la profunda contrariedad que causa el negocio frustrado, ya nervioso, repuso:

—Está bien; quiere decir que después de haberme perdonado el arranque del otro día, nacido del amor que siento por usted, perdón que demuestra que yo no le era a usted indiferente, ha bastado una habladuría, un chisme, para que me niegue usted la felicidad.

—Ni yo soy para usted la felicidad, ni ha habido eso que usted sospecha.

—Permita usted que insista: indudablemente, a usted le han contado que yo, acaso con alguna vehemencia, he censurado lo que hizo usted días pasados, cuando la enfermedad de la chica francesa.

—No hay que hablar de eso. Yo sé, me consta, que usted me ha criticado mucho lo que yo hice con esa mujer. ¡Pobre muchacha! Unas cuantas conversaciones con ella, a la cabecera de su cama, me han enseñado más que muchos años de vida. Ella me recordará acaso con gratitud; yo a ella con la satisfacción de haber hecho algo bueno; ya ve usted que salgo ganando: lo mío es más seguro que lo suyo... Pero hablemos de lo nuestro.

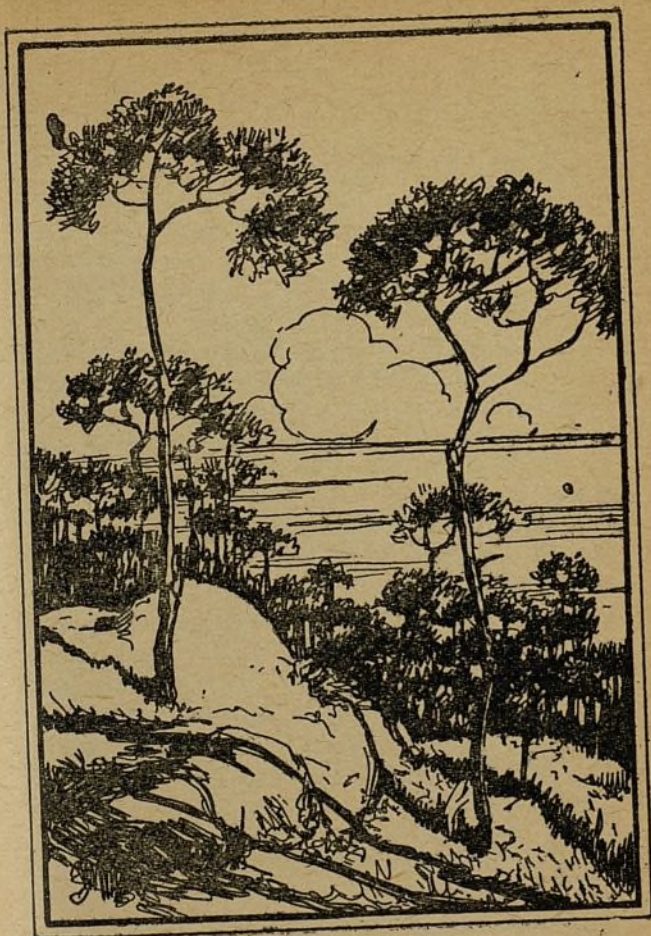
—Mis censuras estaban inspiradas en la conveniencia, en el decoro de usted.

—Alto ahí, amigo mío. Mi decoro no necesita más guarda que yo misma.

—Pues el mundo es el mundo, y esas cosas no se pueden hacer.

—¿Ve usted cómo nunca nos pondremos de acuerdo? El mundo, cuando tiene razón, es muy respetable; cuando quien la tiene es uno mismo... debe importarnos poco.

—¿Y el descrédito?



El bosque.

—De modo que si yo estuviera desacreditada, como usted dice, aunque usted tuviera la convicción de que era injusto, ¿no se casaría usted conmigo? Lealmente.

—Lealmente... puede que no; pero no estamos en ese caso.

—Cuanto más hablemos, más nos apartamos.

Aquí Soledad dudó un momento: miró fijamente a Luis, y como quien ha vacilado un punto antes de hablar, siguió con cierta solemnidad:

—Vaya, me parece que cuando se arriesgan la felicidad y el porvenir hay derecho a hablar claro.

—Se lo ruego a usted.

—Es que se trata de algo delicadísimo. No quisiera que usted se ofendiera. Casi es someterle a usted a una prueba.

—Usted no me puede ofender, y de la prueba saldré bien.

—Pues allá va. Si yo me presto a modificar mi modo de vivir, si soy prudente, no salgo sola, si aprendo a respetar al mundo, como usted dice algunas veces, a hablar sin decir lo que pienso y menos lo que siento..., en fin, ya me entiende usted, ¿accederá usted en cambio a lo que le pida? Se trata de una prueba, casi una condición, y suplico a usted que no vea en ello la menor ofensa.

—Usted dirá.

—Quisiera que se empapara usted bien, primero, de lo que ha de ser para mí el matrimonio: la unión íntima, fundada en la estimación mutua... el mismo pensamiento, el mismo corazón... teniendo ambos de su compañero la mejor idea posible; que nada haga uno que no pueda aprobar y defender el otro.

—Ya lo indicaba usted antes... Ahora no sé dónde va usted a parar.

—Pues bien; yo sé que está usted interesado en un negocio que produce mucho...; pero, la verdad, en el cual no me gustaría que se cimentara nuestra existencia.

Luis, comenzando a desasosegarse, comprendía que iba a oír algo muy mortificante; en tanto que ella, calmada y serena, para poder seguir, tomaba valor recordando todo lo que Salomé le contó en la larga conversación que tuvieron ambas cuando la señora gorda se enteró del proyecto de boda que Luis acariciaba.

Luego continuó:

—Sí, un gran negocio, lo sé; pero una base de vida, de posición, poco simpática... Perdona usted... que me parece fea... poco digna de nosotros. ¿Me comprende usted?

—No quisiera.

—Ya he dicho que no trato de ofender a usted. Es una apreciación mía, acaso un escrúpulo... pero antes de atarme para toda la vida...

Luis guardó silencio, el silencio hostil, pronto a ser agresivo, de quien no acierta a contestar en el acto y anda maquinando respuesta que agravie y duela.

—Me refiero al negocio de los préstamos—añadió tímidamente Soledad—. ¿Renunciaría usted a eso por amor mío?

—Señora—repuso con la faz descompuesta—, ¿y cree usted que no me ofende? ¿Pero sabe usted lo que dice? Todo lo que mis socios—porque no soy solo—y yo hacemos es perfectamente honrado, digno, legal; trabajamos al amparo...

—Sí, lo sé, al amparo del Código...; pero es dinero que sabe a lágrimas; no lo quiero para mi casa.

—Parece mentira que una persona tan lista como usted haya podido imaginar que deba ser la mujer quien investigue así el origen de lo que el hombre aporte para soportar las cargas del matrimonio.

—Y a mí me parece también mentira que haya mujer que renuncie a saber el origen de lo que traiga el marido para vivir... Yo quiero el agua que he de beber limpia, y el dinero que he de gastar más limpio aún.

—Permitame usted que se lo diga—interrumpió él—, me he equivocado. Creí que nos explicaríamos como amantes... y me encuentro con un fiscal.

—Basta; la que se ha equivocado soy yo.

Aún contuvo Luis la ira unos momentos; pero ya estaba fuera de sí. Incapaz de comprender a Soledad, sólo veía un ultraje en lo que no era sino expresión de grandeza moral y ansia de mujer que pretendía cerciorarse de hasta dónde llegaba el amor que creía haber inspirado y del cual dudaba.

—¿Calla usted?—preguntó ella.

—No debo contestar. Me parece que podemos dar por terminada la conversación.

—¿Ve usted cómo no nos podemos entender? No he debido, tal vez, hablar; pero he salido de dudas. Ni usted me quiere ni concibe a mi manera la vida en común. Repito que no he querido ofenderle..., y tan amigos como antes.

—Sí, tan amigos—repitió irónicamente; y lívido de coraje, aunque con suma frialdad y reposo, como si al fin hubiese hallado en las sucias reconditeces de su pensamiento la frase que más pudiese herir, añadió:

—Todo eso se lo ha sugerido a usted Salomé..., y

eso es tan bajo, tan malévolo, como sería la sospecha...; yo no la tengo, ¿eh?, de que usted la atiende, y la acompaña, y la mima por interés, con esperanza de heredarla. Los que me llamen prestamista y usureiro acaso la llamen a usted adúladora y codiciosa.

Se la quedó mirando burlón, sonriendo satisfecho de haber encontrado manera de mortificarla certera y cruelmente.

Soledad, poniéndose en pie y apartándose de la piedra donde habían estado sentados, le midió de alto a bajo con una mirada peor que un bofetón, y en seguida dijo:

—Crea usted lo que guste: yo ya sé lo que debo pensar. Libres estábamos, libres quedamos.

—En ese caso—repuso él—, yo me iré de aquí mañana.

Ella, tranquilamente, contestó:

—Ni siquiera creo necesario que volvamos juntos al hotel: aquí nos despedimos.

—A los pies de usted, Soledad.

—Adiós.

Luis regresó a buen andar y llegó primero. Soledad muy despacio, contemplando el espectáculo grandioso de la puesta del sol, que como un disco de fuego iba hundiéndose en la planicie inquieta y verdinegra de las aguas.

Durante la comida hablaron de cosas indiferentes, como si entre ambos nada hubiera pasado; y al otro día partió él pretextando negocios.

... ..
 La carta que ella escribió a Pepita contándole todo concluía de esta manera:

... ..

“Ya lo ves; acabó la novela de mis ilusiones. ¿Por qué me las hice? No lo sé. La escena de la tarde fué dolorosa. Pero ¡cuántas lágrimas me habrá ahorrado este desencanto! Por fortuna, he sabido dominarme. ¡Pobres de las que no lo consiguen! Estoy resignada, casi alegre. Lo que me da pena es que la juventud se me acaba sin que aparezca el compañero con que he soñado para la vejez. Quisiera que fuese digno de mi alma, y si no que no venga. Puedé que nunca llegue. Quizá por esto tu pobre amiga, que tanto te quiere, se llama

Soledad.”

.....

.....



F I N

El Cuento 'Azul

La novela corta, el cuento, la obra de poca extensión, tan bella, tan atrayente, resurgirá en estas páginas al conjuro de nombres gloriosos y de títulos ya consagrados por la fama con la aureola de verdaderas obras maestras de tan difícil e imponderable género literario.

El favor del público se obtendrá número tras número, por la complacencia que le produzca la lectura de todos y cada uno de ellos, sin que ninguno le defraude; de suerte que su colección llegue a constituir, por cuidadoso plan de selección, una magnífica biblioteca, inmejorable en su género, integrada por obras que se leen y se leerán siempre con el deleite que sólo producen las grandes creaciones literarias.

El Cuento Azul

EJEMPLAR: 40 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 20	Año.....	Pesetas 34
Semestre...	» 10	Semestre...	» 20
Trimestre..	» 5	Trimestre..	» 10

===== PAGO ANTICIPADO =====

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de Correos, cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58

MADRID

APARTADO 8.012

LEA USTED

EL TEATRO

=MODERNO=

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

— LUJOSA EDICION —

50 CENTIMOS

COMPRE USTED

AVENTURAS

La publicación que más
se lee hoy en España

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS